

Vannina Castellano: una de las primeras Cooperadoras Oblatas Misioneras de María Inmaculada que ha colaborado estrechamente con el P. Gaetano Liuzzo OMI en el nacimiento del Instituto C.O.M.I., además de haber fundado la ONG «Cooperación con el mundo en vías de desarrollo- COMI».

**Breve biografía y fragmentos de recuerdos de algunos amigos,
parientes y Hermanas COMI,
extraídos del libro**

«En el Secreto del Corazón»

de

Rolando Polzelli

Vannina Castellano, nació en Sant'Eusanio del Sangro (Chieti-Italia) de Giulio Castellano y Maria de Nobili un 1° de septiembre de 1924.

Sigue las huellas culturales de sus padres, ambos maestros, frecuentando el colegio de las hermanas Ursulinas de Chieti.

Vannina se dedicará toda su vida a la enseñanza en las escuelas primarias; sostendrá iniciativas extra-escolares, se comprometerá personalmente y de manera gratuita en promover la educación, tanto religiosa como civil de los jóvenes y ayudará a las familias necesitadas.

En octubre de 1968 deja su pueblo para transferirse a Villalba di Guidonia (Roma) poniéndose a la completa disposición de su Instituto; Ahí continuará como maestra en la escuela primaria de la vecina ciudad de Bagni di Tivoli, hoy Tivoli Terme, (Roma). Se queda entre Villalba y Roma hasta 1979 fecha en la que regresa a su pueblo adonde se queda hasta su muerte el 10 de marzo de 1987

La narración a grandes rasgos de los diversos aspectos de la vida de Vannina Castellano, se entremezclan con los inicios de diversas iniciativas y fundaciones de realidades más amplias y novedosas. Vannina es una protagonista 'silenciosa', humilde y determinada, colabora estrechamente con el P. Gaetano Liuzzo OMI y Aurora Stoppelli en el nacimiento del Instituto Secular de Colaboradoras Oblatas Misioneras de María Inmaculada y posteriormente funda la ONG C.O.M.I. para la realización de proyectos y el envío de voluntarios al extranjero.

Mujer de profunda fe y espiritualidad, permanece en el corazón de todos aquellos que la han conocido, no solo por su gran bondad, sino por sus múltiples virtudes. Carmela Santagata, presidenta del C.O.M.I. del 1974 al 1983 la recuerda así: «Pienso que la característica de Vannina se puede sintetizar en estas afirmaciones: un gran amor al Instituto, mucha devoción a « María de Nazaret » ... una gran 'veneración' al Padre Fundador y asistente central ; la bondad del corazón, la obediencia, la plena disponibilidad, una gran paciencia en la aceptación del sufrimiento físico, mucha calma en el hablar y en el escuchar (nunca la he visto irritada o enfadada) ; un gran amor a su pueblo natal... un gran amor por las hermanas en misión .».

Continuamos con algunas palabras significativas, extraídas de una carta que ella dirige al Instituto: «Dios quiere una obra Suya, para realizarla necesita del Padre como instrumento y de nosotros como material humano. Yo, por lo tanto, soy un granito de arcilla que sirve para hacer un ladrillo con el cual se edificará su Iglesia. Tiene que ser un granito eficaz, compacto, que se amalgame con los otros y que se sienta bien en su lugar. No puedo y no quiero ser el granito que se desgrana, y que se va por su cuenta, comprometiendo la estabilidad del ladrillo y de la construcción en su conjunto. Este ha sido siempre mi pensamiento y desde entonces, mis convicciones, se encaminan a conocer lo mejor posible la mentalidad de nuestra familia; me he sentido y me siento responsable directa de todo lo que a ella le sucede, no solo por la circulación de la gracia, sino como participante en sus pensamientos, en la responsabilidad, y en las actividades de todo aquello que la concierne. Es por todo esto que pienso en las iniciativas y acepto personalmente las implicaciones y consecuencias, del cómo y del cuándo la situación lo requiera.».

Fragmentos de recuerdos de algunos amigos, parientes y Hermanas C.O.M.I.

Bruno Basti

La característica esencial de la Tía Viví, era la determinación, cuando se pre-fijaba un objetivo, no había obstáculos que no derribara. Pasaba horas y horas rezando. En las plegarias adquiría la fuerza y la luz para atraer, con caridad y compasión, el corazón de las personas. Su casa de San Eusanio era a menudo la sede de encuentros con jóvenes en dificultad: encontraron allí asistencia los pobres, los ex-drogados, los muchachos «normales». Jóvenes en búsqueda de escucha y de consejos, y los necesitados de respeto y de calor humano.

Reunidos en aquella casa, como en un taller, donde se hablaba de ellos, de sus experiencias, de las causas de sus errores, animados de las ganas de ser mejores, y de comprometerse día a día a superar sus sufrimientos. La Tía se apasionaba con sus vidas, los acompañaba en los desafíos que iban surgiendo, y los comprometía en proyectos sociales, e incluso proyectos recreativos, de manera que al final, ellos mismos se convertían en soporte del grupo. La Tía Viví, con atención y cuidado de las sensibilidades de cada uno, logró unir a los jóvenes encaminándolos a afrontar el futuro con fe y coraje. Los resultados de su compromiso son visibles.

Su compromiso con el Tercer Mundo, fue extraordinario y efectivo, en particular por el Ciad. Hizo uso de todos sus recursos para optimizar y encauzar las ayudas en esta dirección, gracias también al sostenimiento y a la disponibilidad de sus colaboradores. Tenía el sueño misionero. Lo que la llevó a elaborar un proyecto difícil y ambicioso, que le permitiera el reconocimiento de la fundación en dicho sentido, afrontando dificultades burocráticas y económicas de envergadura. Es por este credo, que aquellos que han compartido algunos pasos de su vida la recuerdan aun treinta años después de su muerte, por su lucha contra la pobreza, contra el hambre en el mundo, contra la enfermedad, contra la soledad, contra la ignorancia y contra la droga. Con el C.O.M.I. realizó obras perennes que la ocuparon durante su vida, sin perder nunca la dimensión del prójimo. ¡Un ejemplo difícil de imitar!

Patrizia Basti

Querido Rolando, el tiempo borra muchos recuerdos, ¡pero no aquellos que te marcan de por vida! Para todos, ella era Vannina Castellano, para nosotros sus sobrinos era la Tía Viví. Una tía tenaz y buena, pródiga de altruismo. Durante mi infancia recuerdo que buscaba su atención en todos los sentidos, me daba cuenta que tenía mucho que ofrecerme, pero siempre estaba ocupada y con personas a las que tenía que encontrar. ¡Hubiera querido parar las agujas del reloj, y tenerla toda para mí! De pequeña tenía unos celos insensatos hacia todos aquellos que me impedían gozar de su presencia. Sin embargo. la Tía Viví, en aquellos pequeños espacios de tiempo y no obstante nuestra lejanía, colmaba aquella necesidad de afecto. Poseía la llave de mi corazón, y de aquello que he visto y escuchado creo que tenía la capacidad de entrar en el corazón de las personas, acercándose siempre con una extrema delicadeza y generosidad. En mi memoria conservo la luz de sus ojos, su calurosa y envolvente sonrisa, las caricias de sus palabras. ¡Agradezco a Dios de haberla tenido en mi vida! Estoy convencida que muchas personas se sintieron animadas por ella, a vivir en el bien. ¡La Tía Viví ha sido un don!

Maria Alessandra Bonetti

Mi pensamiento vuela frecuentemente hacia Vannina y al tiempo que vivimos juntas en Via Tarra. He tenido con ella una amistad muy profunda, ya sea por el hecho de ser ambas maestras y de poder comunicar mucho sobre el tema, que por nuestras conversaciones muy fuertes e intensas sobre la vida del Instituto.

Se encontraba a menudo con el P. Liuzzo con el cual tenía una amistad y no solo una filiación: una relación verdaderamente fuerte y especial, creo que a él le decía todo. En efecto le habló de su enfermedad en primer lugar a él, y no a mí, a pesar que nosotros estábamos ahí para asistirle.

Don Salvatore Cassata

A inicios de los años 70 tenía el encargo de la pastoral del trabajo y junto con la primera comunidad de base, compuesta de todos los jóvenes, estábamos comprometidos con un instituto de investigaciones en un estudio sobre el territorio. Vannina Castellano también formaba parte de la comunidad que ha colaborado conmigo en formar y construir el grupo de jóvenes.

Su modo de proceder era aquel de trabajar en equipo.

Nos reuníamos periódicamente para afrontar los temas de una cierta profundidad, partiendo de la lectura de un texto del Evangelio; después, cada uno, decía su propia experiencia, reflexión o pensamiento para construir juntos la profundización deseada.

Vannina hacía como todos los otros y nunca tomaba una actitud de persona mayor y madura, sino que más bien prefería razonar conjuntamente que hacer una catequesis.

Yo notaba, sin embargo, que tenía una impronta particular, una elección de vida, que llevaba en su intimidad las características de una persona consagrada y daba al grupo su alma.

Ella tenía el objetivo de la misión por eso vivía con espíritu de pobreza.

¿Qué tipo de mujer era? Vivía para los otros más que para ella misma, tenía un espíritu de caridad y pobreza; ahorra para los pobres.

Ella participaba como todos en las actividades del grupo de manera normal. Las cosas normales no nacen por un sentido de normalidad de la vida, se necesita ver quién las vive y cómo. Algunas veces son señales que se escogen.

En su caso yo puedo decir que todas estas cosas le pertenecían como persona, como conquista, como modo de ser.

P. Espedito Iammarino OMI, párroco de Villalba di Guidonia (RM) la había llamado realmente para que se ocupara de los pobres de la parroquia, y ella había abierto ahí mismo, una pequeña oficina donde escuchaba los problemas de las personas necesitadas, para tratar de encontrar soluciones.

Vannina se interesaba en nosotros, en la Parroquia y en la misión de su Instituto. He tratado de buscar entre las cartas de aquel tiempo, alguna correspondencia suya, pero no la he encontrado. Las personas normales están hechas así, aman dialogar con la gente, en lugar de escribir.

Maria Rosaria Citarella

Viví en comunidad con Vannina en Roma, en via Tarra, aunque por un período ella continuaba yendo a Villalba (RM). Mi recuerdo de Vannina es aquel de una persona fuerte, determinada y siempre en actividad. Su compromiso tendía a generar acciones más sólidas, que fueran más allá que una simple asociación, que contuvieran una verdadera hermandad en su interior.

Ella había abrazado la causa misionera de los OMI, por lo tanto, la nuestra, y se entregó completamente a ella.

Había hecho un «ciak» extraordinario con P. Liuzzo logrando con él una gran complicidad desde un principio. El Señor le había otorgado muchos dones: una gran inteligencia, una gran facilidad de palabra, una vivacidad de pensamiento y una gran preparación cultural. Sabía comunicar e interactuar con las personas, ampliaba el círculo de las amistades y de los intereses de la causa

misionera. Hubiera querido estar en el primer lugar de las misiones, pero por motivos familiares, principalmente y luego por motivos de salud, se vio impedida de realizarlo.

Tina Consalvi

Fui alumna de Vannina desde la escuela primaria. Era una maestra seria, severa, pero también simple y espontánea.

Era igualmente una persona muy generosa y hacía el bien con mucha discreción sin que uno lo notara ni lo sintiera. En ese entonces, cuando uno terminaba la escuela primaria, se tenía que pagar para pasar un examen y poder acceder al ciclo superior. Ella me lo hizo pasar gratuitamente, alegando que era amiga de mi papá, pero no solo a mí, hacía lo mismo con muchos otros compañeros, a los que les decía que no tenían que preocuparse, que ya había sido pagado.

Vannina era generosa con todos y no dejaba de lado a ninguno, todo esto lo hacía en un secreto absoluto para evitar habladurías. Entre otras cosas sé que sostuvo los estudios de dos muchachas que se volvieron Misioneras Oblatas de María Inmaculada, y que esperaba los montos atrasados de su pensión para sostener una obra en el Uruguay, donde era misionera su amiga Andreina Gambardella.

De joven Vannina era una muchacha sobria, vivaz, sociable, graciosa en el justo medio, con una ironía inteligente porque en realidad, era una persona muy inteligente.

Lucia Cremona

Estuve en la comunidad con Vannina en Roma, en la Via Tarra, en los breves períodos de regreso de la misión en los años 70 y posteriormente cuando regresaba de su pueblo para curarse en el hospital Forlanini.

Vannina se centraba en la vocación seglar y la expresaba totalmente; era una persona interesada especialmente en el ámbito social. Compartía con ella la costumbre de leer los diarios; a menudo la encontraba con el diario abierto sobre la mesa, arrodillada sobre la silla, leyendo atentamente. Nos entendíamos muy bien, nos queríamos mucho.

En aquel período teníamos la costumbre, durante las jornadas de retiro, de hacer la adoración en casa; nos instalábamos en la sala, poníamos la Eucaristía sobre el banco y la adorábamos por turnos. Una de las dos permanecía en ayunas para continuar la adoración durante los horarios de la comida. Algunas veces Vannina para no molestar, se iba afuera a fumar y aprovechaba para conversar con los muchachos del vecindario que se reunían en un muro cerca de la casa.

Estuve con los amigos del C.O.M.I y con el P. Giuseppe Cellucci OMI en un encuentro en su casa, en S. Eusanio. Estaba contentísima de acogernos y la convivencia fue muy agradable; El P. Giuseppe hizo meditaciones profundas y conmovedoras.

Rita Dell'Osa

Llegué a S. Eusanio en 1976. Solamente algunos años después conocí a Vannina, que con su manera franca y directa me paró una vez en la calle preguntándome, que por qué no asistía a la misa dominical. Yo le conté brevemente mi historia y la dificultad que había tenido con mi separación. Había estado dieciséis años sin el sacramento de la penitencia y la única vez que con mucho valor tenté de acercarme, no me dieron la absolución, sino una simple bendición. No entendí ese comportamiento y me sentí más enojada aún contra la Iglesia y los curas.

Vannina, que, a medida que me iba conociendo más a fondo, no soportaba la idea que me quedase en una situación espiritual indecisa, me puso en contacto con un misionero, el que me escuchó con mucha atención y empatía, contándome experiencias de su familia y logrando que, a través de un llanto ininterrumpido, me liberara y expulsara todo el mal que escondía en mi corazón debido a

todo lo que había vivido anteriormente. Durante una semana estuve todavía muy acongojada, hasta que mi corazón se liberó completamente.

Vannina era una buena persona, tenía una gran fe y exponía pródigamente su vida por todos, especialmente por los jóvenes. Recibía en casa un grupo de muchachas con las cuales hablaba de todo y comentaba el Evangelio contribuyendo así a sus formaciones humanas y cristianas. Del mismo modo impartía el catecismo y daba gratuitamente asistencia escolar después de las lecciones, a los que tuvieran necesidad.

Los últimos años estaba muy enferma y como vivía sola, no tuve la fuerza de dejarla así hasta su muerte, por lo que pasaba a verla todos los días, haciéndole un poco de compañía y viendo si necesitaba algo. Matilde Grantigliano y yo misma nos alternábamos para ayudarla en los quehaceres cotidianos. Notamos de esta manera, que la vida de Vannina, que había sido siempre sobria se volvió más bien pobre, reduciéndose a lo esencial. El único gasto personal era para los cigarrillos; todo lo que ahorraba lo daba a las misiones.

Andreina Gambardella

Me encuentro con la foto de Vannina entre mis manos, y sin darme cuenta, los recuerdos comienzan a fluir en mi mente.

La primera vez que encontré a Vannina fue al inicio de mi camino en el C. O.M.I., en ocasión de un retiro. Estaba junto a las otras hermanas más ancianas y en aquel momento, por respeto, temor o por mi timidez, nuestro encuentro fue limitado.

Posteriormente, otras hermanas me hablaron de ella, de su vivacidad y de su capacidad para estar con los jóvenes y amarlos. De esto se deriva todo su compromiso en aceptar el reto: ofrecerles a ellos también la oportunidad de hacer una experiencia misionera a través del servicio de voluntariado en alternativa al servicio militar. Me pareció una intuición brillante: crear o apoyar el nacimiento de un Organismo de Voluntariado con un alma «oblata».

Comencé a apreciarla, a acoger aquello que tenía de más grande, más allá de las apariencias, en aquella sonrisa que al mismo tiempo era simple y un poco maliciosa.

Entendí que, dentro de ella, había muchos dones escondidos; una inteligencia vivaz y una gran sensibilidad, unida a un buen entusiasmo misionero.

Los últimos encuentros con Vannina fueron durante su internamiento en el hospital, por el avance de su enfermedad. Tuve la posibilidad de transcurrir con ella mucho tiempo; me hablaba de sus tiempos, del P. Liuzzo, pero se interesaba también a mí, a aquello que estaba haciendo como preparación a la misión.

Mantén su sentido del humor con el que tranquilizaba a todos, y que la ayudaba a vivir los últimos momentos dolorosos en los límites de su enfermedad.

Recuerdo que un día, ayudándola a cambiar de posición, se golpeó la cabeza contra la barrera de seguridad de la cama. Frente a mi preocupación respondió: «Acuérdate que soy una molisana; ¡tengo la cabeza dura como tú, como los calabreses, o quizá más que tú!»

Nos reímos de todo corazón; quizá su «cabeza dura» fue más bien una cabeza con una gran tenacidad, pasión, creencia en el Amor de Dios que vuelve todo posible. Lo creía para ella y para los otros, por todos aquellos jóvenes que, en el transcurso de los años, han sabido dedicar tiempo, energía y entregarse ellos mismos al servicio de sus hermanos, a través del C.O.M.I.

Rita Polzelli

Yo conservo su recuerdo en el corazón, por el bien que siempre me ha tenido, desde el primer momento que nos conocimos.

En nuestras pequeñas vacaciones en su casa nos rodeaba de obsequios y de delicadas comidas típicas del Abruzzo. Hablábamos de nuestra vida conyugal naciente y de las dificultades cotidianas, y ella estaba siempre ahí escuchándonos y sosteniéndonos.

Con orgullo nos presentaba a sus amigos y nos hacía sentir casi como sus hijos.

En el reencuentro, y con el pasar del tiempo, sus familiares me han conmovido porque en cada uno de ellos he encontrado un poco de ella. ¡Gracias Vannina!

Fernando (llamado Nando) Sisti

Sucede que, en ciertos períodos de la vida, cuando vives un presente que te envuelve, que te captura, no percibes su amplitud ni sus dimensiones, que de alguna manera te marcan, independientemente de tu voluntad. Es más o menos aquello que me concierne en relación a mis veinte años, la edad en la que conocí a Vannina. Espero lograr dar un flash de un período que duró algunos años, sin caer en la retórica ni en el sentimentalismo, porque considero que el encuentro tuvo una dimensión que merece algo más, aunque no llego a valorarla en su justo alcance.

Eran los años 70, frecuentaba la universidad, pero además de los estudios tenía intereses que me llevaban a vivir las inquietudes sociales de dicho período, que iban más allá de la búsqueda de diversión a ultranza, que comúnmente está ligada a aquella edad. Todo esto me llevaba a meter la nariz en ambientes en los que se hablaba de compromiso político, del prójimo, de justicia social, de pobreza, e incluso de espiritualidad. Esta última quizá como rezago de una brillante carrera de monaguillo olvidada desde hacía un buen tiempo. En este buscar alrededor mío, encontré un sacerdote que me propuso de ir a escuchar la experiencia de algunos curas ligados a la Teología de la Liberación que habían vivido en América latina. Su exposición de hecho era una invitación a un camino en ese sentido con una referencia fuerte al Evangelio y al Concilio Vaticano II.

El incendio en aquella edad es un riesgo real que no me dejó incólume, ni a mí ni a algunos otros que habían venido en búsqueda de las mismas cosas. Ciertamente era fuego puesto en un pajar constituido de jóvenes que 'querían buscar alrededor suyo' y así fue como nació una comunidad de base en un ambiente extra-parroquial. El objetivo sincero de esta comunidad era, al menos en sus propósitos, hacer un camino orientado al testimonio del Evangelio partiendo primeramente del descubrimiento de la consistencia de la propia fe fuera de los contextos estructurados y con connotaciones que muchos rechazaban. Todo esto daba la ingenua sensación de libertad de lo que parecía lejano de los jóvenes en el ámbito eclesial.

En este escenario nace la relación con Vannina porque el grupo (extra-parroquial) preocupaba bastante al párroco que tuvo la feliz idea de proponerle a Vannina de acercarse a nosotros, no sé con cuales objetivos.

Honestamente debo decir que no sé si esta propuesta fue realizada efectivamente por el párroco, o si Vannina, compartiendo los temores del párroco se lo propuso ella misma: su conocimiento posterior, me lleva a creer cada vez más en su auto-propuesta, porque todo aquello que tenía que ver con un mínimo indicio de misión y de participación, la llevaba a comprometerse directamente. El hecho fue que un buen día una viejita jadeante, no solo por su aspecto sino por su sonrisa angelical un tanto impertinente, tocó la puerta de la habitación de una casa privada en la cual nos reuníamos. Al inicio de las intervenciones, fue casi inevitable que todos sintiéramos el hecho como una intrusión y aquello que nos desarmaba era su absoluta serenidad en aquella situación.

En realidad, fue voluntaria o involuntariamente la primera prueba de coherencia del grupo, frente a los problemas de apertura sin prejuicios. Personalmente, lo que más me impactó en sus intervenciones fueron las constantes referencias al Evangelio y a la fe desde la óptica del compromiso en la vida práctica, en las cosas más pequeñas, y en la superación de los egoísmos

dominantes. Comenzamos a valorar con ella, las posibilidades de individualizar contextos reales de intervención, en los cuales se expresara nuestra solidaridad. Con toda certeza ella contribuyó al descubrimiento de la autenticidad y de la coherencia con el mensaje Evangélico. Muy pronto todos la sentíamos como parte integrante del grupo sin que importara su conocida pertenencia a la C.O.M.I. Su palabra era siempre reconfortante y no trataba de apagar los incendios que a menudo surgían, muchas veces sin proponérselo: de hecho, nos llevaba a tomar decisiones, y, sobre todo, a tomar posiciones personales, orientadas y ponderadas en base a la profundización de sus lecturas. Rápidamente en el grupo desapareció la especificidad de Vannina.

No sé si gracias a ella, o porque todos empezamos a madurar, o por ambas razones, después de algunos años el grupo decidió abrirse y poner su servicio (quizá servicio es demasiado pretencioso) en la confluencia del grupo parroquial donde, dicho sea de paso, encontré a mi esposa. Después de las dificultades iniciales, nos encaminamos en un período intenso para todos, comprendidos aquellos momentos significativos de la incorporación de Grottaferrata y Sapri. Período fuerte realmente para todos... incluso para quienes no frecuentan más ciertos contextos..

Aquellos que estando fuera de Italia quisieran recibir a domicilio el libro «Nel segreto del cuore» de Rolando Polzelli, pp.128, texto en italiano, pueden contactar directamente al autor por email: rpolzelli@gmail.com.